

pierden: *Ecce ego ipse requiram gregem meum de manu eorum.* Para que el zelo sea eficaz, ha de ser puro. Si en los ministerios no procedemos, y si no nos aplicamos á ellos por motivos puramente sobrenaturales, nuestra aparente caridad será un verdadero amor propio disfrazado; y nosotros semejantes, dice el Apóstol, á una campana hueca, sonido y nada mas. Si tuviéremos la misma caridad que san Pablo, nuestra misma conducta será la mejor apologia contra la mas infame calumnia. Busquemos á Dios solo en nuestros ministerios, y con ellos ganaremos para Dios á todos los pecadores.

El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiat? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opus ejus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION

DE LA ABNEGACION DE SÍ MISMO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la abnegacion de sí mismo no solo es necesaria para la perfeccion cristiana, sino que, segun las palabras del Evangelio, parece serlo tambien para la salvacion. *Si alguno quisiere venir en pos de mí*, dice el Salvador, *niéguese á sí mismo.* Nuestro mayor enemigo es nuestro amor propio; nace en un terreno estragado; está inficionado el principio, y no es mas sanó su fin. ¿Qué amamos cuando nos amamos á nosotros mismos? Amamos todo lo que es contrario á la salvacion; bienes de la tierra, deleites sensuales, licencia, libertad, distinciones, preeminencias, todo lo que lisonjea los sentidos, todo lo que fomenta la concupiscencia, todo lo que corrompe el corazon; en una palabra, todo aquello que nos desvia de Dios, todo es muy del gusto de la naturaleza corrompida. El amor propio siempre está de acuerdo con los sentidos; todo lo que se opone á estos irrita y ofende á aquel; todas las pasiones, por decirlo así, están á su mando; todas reinan en su nombre; el amor, el odio, la venganza, la ambicion, el orgullo, todos estos tiranos del corazon humano, todos estos enemigos de nuestra salvacion, todas estas fieras son obra de la concupiscencia. Quita del mundo al amor propio, decia san Bernardo, y el infierno se convertirá en un desierto, ó se apagarán sus llamas, ó á lo menos estarán ociosas y sin ejercicio. Quita de tí el amor de tí mismo, de tu estimacion, de tus conveniencias, y el hombre cristiano no será ya un hombre animal y sensual, sino un hombre todo espiritual, sin gusto en nada fuera de Dios, sin

hallar otra quietud ni otro consuelo que el ejercicio de la perfeccion. Tiene el amor propio sus caminos, pero aquellos solos que llevan á sus fines; y como estos son tan contrarios á los de Jesucristo, es preciso que aquellos sean muy opuestos á los del Evangelio. Si queremos seguir los unos, necesariamente nos hemos de desviar de los otros; para seguir los pasos de Jesucristo, es indispensable renunciarnos á nosotros mismos. Debemos hacer continua oposicion á las inclinaciones naturales, y mortificar sin intermision nuestros sentidos. Debemos vencer las pasiones, debemos aborrecernos á nosotros mismos si nos queremos salvar. Gustemos ó no gústemos de estas máximas, alborótese ó no se alborote el entendimiento y el corazon humano contra esta ley, ella es indispensable; y sea ó no sea creído Jesucristo, su palabra es infalible, y no se puede mudar. Siempre será verdad, mientras el mundo exista, *que el que quisiere salvar su vida, la perderá; y el que la perdiere por Jesucristo, ese la ganará.*

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la abnegacion y el odio de sí mismo, que tanto nos recomienda el Evangelio, no es un odio absoluto de todas nuestras cosas, sino de nuestra corrupcion, del desórden de nuestras inclinaciones, de las ilusiones que padecemos, de las viciosas propensiones de nuestra alma. ¿Quién negará que todos estos defectos son objeto justo de nuestra indignacion? Este es el origen de nuestras inquietudes, de nuestros disgustos, de nuestras pesadumbres, y en fin, de nuestra perdicion. Frutos son de nuestra corrupcion nuestras imperfecciones, nuestros pecados, y los mas funestos, los mas enormes delitos que se cometen. ¿Pues qué objeto mas digno de

nuestro aborrecimiento? Este es el odio santo que nos pide Dios; y este odio se funda, por decirlo así, en el verdadero amor que quiere Dios nos tengamos á nosotros mismos; porque el aborrecerse santamente, es verdaderamente amarse. Aman tierna mente aquel padre y aquella madre al único hijo que tienen, y es todo su consuelo y todas sus delicias; pero en medio de este amor si le amenaza una apostema, si se le forma una llaga, ¿qué no le hacen padecer para curarle si la llaga y la apostema le pueden ocasionar la muerte? Quemán, sajan, martirizan al paciente, no solo á vista, sino á solicitud de su amantísima madre. ¿Se dirá que aborrece á su querido hijo? No: lo que aborrece es la causa de su mal, que le pone á riesgo de la vida. La mayor prueba de su amor es el mismo aborrecimiento á su mala constitucion, á su temperamento delicado y achacoso. Este es el análisis y la verdadera imágen del odio, de la abnegacion de sí mismo. ¡Oh y cuánta verdad es que nunca nos amamos mas que cuando mas nos aborrecemos! Este santo odio de sí mismos le tuvieron todos los santos, en tal grado, que en virtud de él solicitaban con la mayor ansia todo lo que era contrario á los sentidos, opuesto á la concupiscencia, y enemigo del amor propio. De aquí nacia aquella inocente crueldad con que se trataban, aquella espantosa mortificacion de la carne, aquellas horrosas penitencias, aquella abnegacion de sí mismos, que fué comun á todos los santos. Pregunto: ¿Fueron sabios? ¿fueron prudentes? ¿pudieron tomar otro camino para seguir á Jesucristo cuando sabian muy bien que no habia otro? Y si le hubieran tomado diferente, ¿en qué hubieran parado?

¿Y en qué pararé yo, Señor, que á solo el nombre de abnegacion y de mortificacion me espanto y me atemorizo? ¿abriréis vos un nuevo camino del cielo

para mí? ¿podré lisonjearme de que os sigo, mientras solo pienso en satisfacer mis sentidos, y en dar gusto á mis pasiones? ¡Ah Señor, mucho tiempo ha que ando descaminado! Mirad con ojos de compasion á esta oveja perdida; hacedla que vuelva á entrar en el camino del cielo. Amándome á mi mismo me perdi; tiempo es ya de que me aborrezca. Concededme este santo odio, sin el cual no puedo esperar salvarme.

JACULATORIAS.

Vivo ego, jam non ego: vivit vero in me Christus. Ad Galat. 2.

Vivo yo, pero ya no yo; Jesucristo vive en mí.

Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Ad Galat. 5.

Confieso, Señor, que solo son vuestros aquellos que crucifican su carne con todos sus viciosos apetitos.

PROPOSITOS.

1. Nunca envejece el amor propio; cuanto mas reina, tanto mas crece su autoridad. Manda en los jóvenes con ímpetu y con violencia; pero en los viejos con cierta especie de tiranía. De aquí nace en estos aquella enfadada tenacidad en mantener su antiguas opiniones, y aquel aferrarse en no mudar de ideas. En ellos no discurre sola la razon; la pasion, el genio y la costumbre contribuyen tambien con los primeros principios, y entonces tiene mas parte el corazon que el entendimiento. De aquí proviene aquel enfadarse y aquel ofenderse los viejos siempre que se les contradice. Las preocupaciones del corazon son siempre las mas fuertes y las mas tenaces, siendo el origen de todas ellas aquellas inclinaciones que nacen y se crian

con nosotros. Ataja estos defectos, debilitando con tiempo al amor propio. Una vez que á este se le corten los brios, presto se doman las pasiones. Nunca obres por pura inclinacion; sobre todo, en el estado religioso jamás solicites ni las ocupaciones, ni las cosas, ni los ministerios que se conformen con tu gusto; además de la abundante cosecha de desazones que hallarás en eso, tendrás el desconuelo de no saber si es voluntad de Dios que estés en ese lugar ó en esa ocupacion que tú mismo escogiste. Y cuando Dios no nos quiere en ninguna parte, ¿será de mucho mérito lo que trabajamos y lo que padecemos? Pues diste gusto á tu amor propio, de él solo debes esperar el premio. Pero ¿qué premio? Ser infeliz y desgraciado.

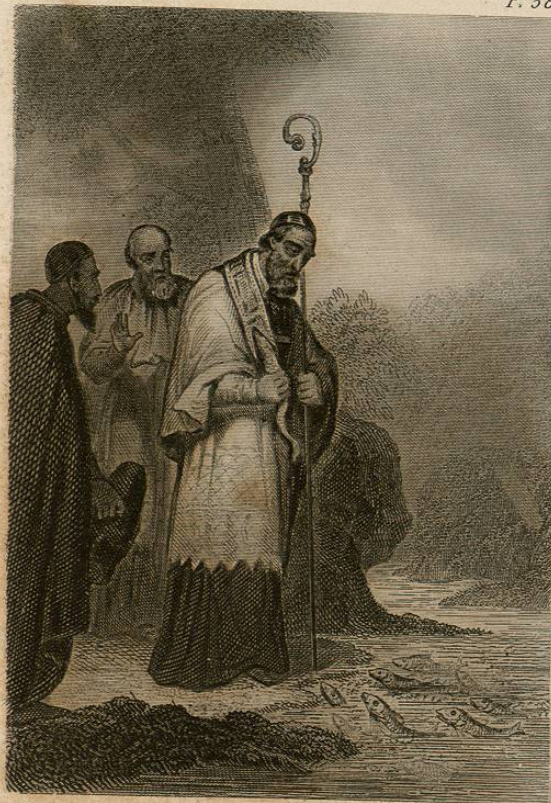
2. No creas que es ejercicio trabajoso el de la abnegacion de sí mismo; nada tiene de áspero sino el nombre. Haz la experiencia, y hallarás que el consuelo interior que acompaña siempre al vencimiento de sí mismo, despoja al combate de toda la dureza. No solo no debes hacer cosa ninguna gobernado precisamente de tu inclinacion, sino desconfiar mucho de todo lo que esta te representa como útil y aun como necesario. Es muy ingenioso el amor propio para deslumbrarnos; jamás le faltan pretextos especiosos y aparentes. La gloria de Dios, el provecho del prójimo, el bien del estado, el adelantamiento de la familia, y hasta la salvacion de las almas, todo esto es cebo, todo es sobrescrito para el amor propio. Vive muy prevenido contra un enemigo doméstico tan artificioso. Mortifica tus sentidos; mira que sus frutos están emponzoñados; su veneno es gustoso, pero mata. Acuérdate que el terreno de tu corazon, sobre ser de mala calidad, es un matorral; y es necesario cortar, cavar, arrancar arriba y abajo para que dé algo de provecho, y hacerle menos estéril. *El que me quisiere seguir, niéguese á sí mismo.* Tanto aprovecha-

ras, dice el autor del libro de la Imitacion de Cristo, cuanta violencia te hicieres.

SAN PEDRO, OBISPO DE OSMA.

Cuanto mayor y mas recomendable ha sido el mérito de aquellos grandes varones que destinó Dios para ornamento de su Iglesia, tanto mayor ha sido el descuido de los hombres en trasladar á la posteridad sus grandes acciones y aquellas menudas circunstancias de su vida, que no solo sirven de instruccion á los fieles, sino tambien á la piedad de sumo consuelo. Uno de estos grandes hombres fué san Pedro, obispo de Osma, del cual muchas circunstancias de su vida están en disputa. Sin embargo, se sabe lo necesario para comprender el gran cúmulo de gracias que en él depositó la divina misericordia, y para reconocer en él un ejemplar perfecto de la vida cristiana, con el cual debemos conformar nuestras acciones, que es el fin de esta espiritual leyenda.

En la provincia de Berri, y en el lugar de Bourges, nació san Pedro por los años de 1040, poco mas ó menos. Sus padres Guillelmo y Meimira eran, segun se cree, igualmente nobles por la ilustre ascendencia de su linaje, que por la piedad y santidad de sus costumbres. Estas dos cualidades se ayudaban mutuamente en la crianza de Pedro y en la formacion de su orazon. Infundían en este ideas de generosidad, pero sin altanería, haciéndole conocer su nobleza sin ensoberbecerle; y últimamente le enseñaban que no hay nobleza verdadera en donde no hay virtud, y que la vanidad de un antiguo linaje es insoportable cuando le afea la corrupcion de costumbres. Prestóse dócil el



S. PEDRO,
OBISPO DE OSMA.